

**PRECIO EN MADRID.**

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes..... 4 reales.  
 Por tres id..... 11 »  
 Por un año..... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

**DIRECTOR: LUIS RIVERA.**



**PRECIO EN PROVINCIAS.**

Por tres meses en la Admon... 15 reales.  
 Por seis id..... 28 »  
 Por un año..... 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año..... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.ª

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

**DIBUJANTES: ORTEGO Y PEREA.**

**DENTRO DE UN AÑO.**

Adivino el porvenir. Presiento lo que me va á pasar, por español, por republicano de buena fé, y por hombre de buena voluntad.

Comprendo que con estas tres cualidades no puede sucederme nada bueno... ¿pero qué le voy á hacer? He nacido así. No tengo más remedio que cumplir con mi destino.

En la actualidad estoy bien. Me va admirablemente con la libertad de que gozo.

Me reúno donde y como quiero. Imprimo lo que me da la gana. Hablo mal del gobierno cuando me parece oportuno. Digo de los curas casi la mitad de lo que debo decir. Si alguien pretende entrar en mi casa á la fuerza, sea quien quiera, le pegaré un tiro impunemente. ¿Quién como yo?

Pero ¡ah! esto es tan raro en España, que ya sé yo que no ha de durarme mucho tiempo.

Un poquirritito de libertad que tuve el año 54 solo me duró hasta el 56.

Ahora que tengo mucha más, ¿cuánto me durará? Vea Vd. un problema que tiene una solución tan fácil como dolorosa.

Quiero suponer que ha pasado un año. Estamos en la primavera de 1870.

Un periódico publica la siguiente quisicosa: «El gobierno, con hartó pesar de su parte, se ha visto en el triste caso de tomar medidas enérgicas contra los trastornadores del orden público.»

Y en otra sección del mismo periódico: «Ayer han salido de Cádiz con rumbo á Fernando Pó los trescientos deportados por sucesos políticos. Doloroso es que las exageraciones y malas artes de unos cuantos revoltosos hayan obligado á la actual situación á repetir escenas que debieran estar ya olvidadas para siempre.»

En efecto, tales cosas han sucedido, que al que no está preso lo andan buscando.

Millares de ciudadanos honrados y pacíficos han huido de España.

Yo me encuentro en tan triste caso. Aprovechando una clarita me apresuro á emigrar. Tomo el tole para París.

En el wagon donde yo viajo van algunos compañeros de glorias y fatigas. Un periodista, un voluntario de la libertad, dos militares y un comerciante.

—¿Va Vd. á París? me dice uno de los viajeros en voz baja.

No me atrevo á contestarle, temiendo sea un polizonte, pero me dice sonriendo:

—Yo huyo de la quema. Ayer me han buscado para prenderme.

—¿Por qué?

—Por republicano.

—¿Pero Vd. conspiraba?

—Como Vd.

—¡Si yo no he conspirado contra nadie!

—Por eso digo «como Vd.»

—¿Y le parece á Vd. justo que volvamos á emigrar como el año 66?

Otro de los viajeros dice:

—Es una cosa horrible. Yo dejo en Madrid á mi familia, que Dios sabe lo que será de ella.

—¡Y yo! dice el voluntario.

—¡Y yo! añade el comerciante.

—Es decir, exclamo yo, que los españoles estamos condenados á emigración perpétua.

—Así parece.

—La cuestión es que esta vez emigramos sin haber dado motivo.

—Y la verdad es que no podía suceder otra cosa.

—Naturalmente.

—Cada día un motin.

—Cada semana muertos y heridos.

—¿Y por qué ha sido?

—Yo no he podido averiguarlo.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Es grande esto.

—Es horroroso.

Llegamos á París. Allí vivimos mal y de mala manera. Los franceses no nos protegen, y los moderados que hay allí se alegran mucho de vernos llegar escapados de España, á nosotros, liberales de siempre.

Pasa un año, pasa año y medio.

Nuestra situación empeora de día en día. No podemos comer, no podemos vestir, no encontramos trabajo. Nuestras familias, que quedaron en España, sufren los rigores de la desgracia.

¿Y todo por qué? ¿Sabe el lector por qué?

Porque algunos caballeros particulares dieron en la manía de desviar al pueblo del buen camino. Le enseñaron á ser discolo, á rebelarse, á no trabajar y á vivir en el desorden y en la anarquía.

¡Pobre España! decimos los emigrados desde París.

Y desconfiamos de volver á verla.

Un día, nos anuncian que acaba de llegar á París un español muy conocido por revolucionario.

Nos dicen que ha comprado un hotel que parece un palacio real.

En él vive, hecho un príncipe de la sangre. Cuentan que el recién llegado gasta y derrocha. ¿No es cosa de ir á verle? dice uno de nosotros. Ese español sabe lo que es estar lejos de la patria, no por gusto, sino por fuerza, y no sobrado, sino pobre y afligido; es seguro que hará algo por nosotros.

Vamos á verle.

El hotel es magnífico. Criados hay por todas partes que nos preguntan á dónde vamos.

Estando en esto sale el dueño, el español, el recién llegado... el revolucionario...

Nos mira con desprecio, sonríe desdeñosamente, sube en un carruaje y se va dejándonos con un palmo de narices.

Nuestro asombro es tal, que nos caemos de espaldas.

—¡Es él!

—¡El mismo!

—¡Ah!

—¡Todo lo comprendo!

Y entonces comprendemos qué significaban los motines y las asonadas y adonde iba á parar el deseo de repartición y de anarquía.

¡El español enriquecido es el principal motor de todos los enredos y alharacas que en marzo y abril de 1869 comenzaron á asustar á los verdaderos liberales!

Pueblo sensato y liberal de corazón: esto que puede suceder dentro de un año, sucederá si crees á los que no aspiran mas que á promover guerra, porque toda guerra tiene su botín para los aventureros y los traidores.

GIL BLAS.

**¡POR FIN!**

I.

Quando la noche tiende su negro manto por toda la extensión de las inteligencias monárquicas, en aquellos momentos solemnes en que el Poder ejecutivo siente florecer en sus labios el grito de «¡viva lo que viniese!» he visto deslizarse por callejones y plazuelas un sin número de embozados, padres de la patria.

Unos tras otros se han introducido en un grande edificio, que era y es todavía un ministerio, y allí se han oído las voces del patriotismo, de la conveniencia pública, de los afectos más levantados y de otros caballeros y señoras.

La reunión se ha disuelto despues de haber establecido que se ofrecería la corona á un príncipe no poderoso, no valiente, no sabio, no sensato y no conocido de sus futuros súbditos.

II.

Quando la deidad que preside á los sueños se complace en agitar la mente de los españoles con especies de porvenires felices, de paz y de economías y de instituciones libres, en aquellos momentos en que vuelan silenciosamente el déficit y los precios de alquileres y contribuciones, he revisto á los mismísimos padres de la patria encaminándose á otro edificio suntuoso, que es otro ministerio, y allí reunidos con el jefe de la casa, han resonado las voces de la concordia, del patriotismo, de la independencia, y se ha acordado que los hijos de los españoles quedasen comprometidos á ser súbditos del hijo del príncipe que pudiese y quisiese sentarse sobre los escombros del trono de Isabel II.

III.

Las notas de todos los mercados de príncipes, denuncian grande escasez y pocas demandas de este artículo.

Los españoles, duchos en negocios mercantiles, han convenido en que era llegado el momento de traer semillas y aclimatar en su patria ese producto, que, por las condiciones del país, puede dar fruto abundante y sano en lo posible.

En prueba de su prudencia han ido á lo barato, y persuadidos casi todos, menos isabelinos, alfonsinos, republicanos y montpensieristas, de que lo mejor era comprar cerquita para ahorrar fletes y tiempo, han acordado cerrar el trato con premura.

IV.

Hay en la superficie de la tierra un príncipe que toca la flauta, pinta y canta.

Su amor á la familia es tal y tan grande que, no contento con una, ha procurado tener dos.

España ha visto que tiene necesidad de una reforma en su hacienda, en su ejército, en su educación, en sus costumbres, en sus instituciones, y para emprender con un guía experto, activo y práctico la curación de sus males, ha dado un salto, y cayendo al terrado de su vecino le ha ido á ofrecer la corona.

V.

Muy grande le viene al prócer: tanto, que se le mete hasta las orejas y le cubre los ojos.

Pero no importa.

El caso es que reine, que para ver y oír, ya no hace falta. Otros están dispuestos á sacrificar su amor á la vida privada, sin duda porque siempre se ama lo desconocido, y ellos tomarán á su cargo las dificultades de gobernar.

VI.

Cuatro reuniones celebradas en otros tantos ministerios; unas cuantas tertulias casi de hombres solos tenidas en las casas de los notables, contribuyen á consolidar la opinión de que es indispensable proveerse de un príncipe que no ofrezca probabilidades de conspirar contra el país; que no sienta su ánimo inclinado á favor de los conservadores, ni de los progresistas; que sepa un idioma parecido al español y que no parezca inclinado á burlar aquel artículo constitucional que declara hereditario el trono, por línea recta, de varón, si posible fuera.

VII.

La atmósfera se impregna de monarquismo hereditario; deslízase en todos los corazones el sentimiento de la más ardiente indiferencia á todo lo que no sea poner rey en casa.

Prepáranse viajes para allá.

Llegan embajadores acá.

La cosa está al caer.

Se toma té...

¡Ah! cuando los españoles toman té, es que lo extraordinario está llamando á sus puertas.

Calles y plazas toman color de acontecimiento....

¡Vamos á tener rey. Ya tenemos rey. Va á entrar el rey!

VIII.

El rey.—No quiero.

ROBERTO ROBERT.

## BUENAS NOCHES.

Idilio del día.

¿Se acuerda usted, señora?  
fue la primera vez que nos hablamos  
un martes, á la aurora;  
salíamos de un baile; tropezamos;  
yo la dije á usted: «hermosa»; usted: «atrevido»...  
y asunto concluido.

Pocos meses despues, en otra fiesta  
la hallé á usted disfrazada de beata  
al lado de la orquesta  
que tocaba el final de *la Traviata*.  
Fuimos al ambigú, cenamos fuerte,  
la llevé luego en coche con su tía,  
usted me dijo:—Tuya hasta la muerte,  
y yo añadí no sé qué tontería.

La noche está serena,  
apóyate en mi brazo y ven conmigo,  
quiero llevarte un rato á la verbena;  
la chica irá al café con el abrigo.

Al rayo de la luna  
nueva edición te haré de mis amores;  
¡bendita una y mil veces mi fortuna!  
¡vamos, acaba de ponerte flores!

Lejos estoy de tí, y en mi quebranto  
do quier tu imagen veo,  
corren al mar las ondas de mi llanto  
y te pinta en las ondas mi deseo.

Noche profunda y triste  
la luz oscureció de mi existencia,  
todo de sombras y pavor lo viste  
la noche de tu ausencia.

—Que si te amo de veras—me preguntas,  
lo dices así con esa calma;  
como yo los lunares de tu cuerpo,  
conoces tú los pliegues de mi alma.  
¿No te acuerdas? Unidos palpitaron  
tu corazón y el mio;  
los dos al mismo fuego se inflamaron,

¡como que era en febrero, y con un frío!...

Anoche pensé en tí; salí á la calle  
y pagué tus corsés y tus camisas;  
no nos veremos más en este valle  
de lágrimas y risas.  
Dios te dé tanto bien y tanta gloria  
como besos has dado y recibido;  
en cuanto á mí, pasemos á otra historia;  
¡borre de aquellas noches la memoria  
la suspirada noche del olvido!

M. DEL PALACIO.

## EL RASGO.

Capaz eres de presumir, lector de mi alma, que voy á decirte algo de un asunto viejo que dió mucho que hablar y no poco que escribir hace algunos años.

Pues bien, si eso presumes, te equivocas de medio á medio: para nada me acuerdo de Isabel de Borbon. Páselo bien ó mal con su conciencia, si es que la tiene,—que me permito dudar,—y gaste tranquila ó intranquila sus millones—bien ó mal adquiridos,—comprando lisongeras esperanzas que han de desvanecerse como el humo. Nada me interesa de esto.

Ni como reina ni como señora me importó nunca tres ardites la hija de *Fernando el deseado*.

Pero los rasgos no se concluyen con una persona; y rasgos vemos hoy que no van en zaga al rasgo célebre de Isabel la *magnánima*.

Aquella vendió su patrimonio á los españoles, y se quedó con el dinero de la venta y el patrimonio; pues hay hombre capaz de vender su alma al diablo y quedarse con el diablo y con el alma.

Rasgo por rasgo, ¿cuál es más sublime?

Estas ligeras consideraciones han hecho surgir espontáneamente en mi imaginación el recuerdo de Manterola.

Manterola es el hombre del rasgo.

Comparemos.

La heroína del antiguo rasgo era una mujer.

El héroe del rasgo reciente es un hombre—según dicen.

Aquella era una reina.

Este es un sacerdote.

Aquella pretendía representar el derecho divino—algo rebajado.

Este es un representante del pueblo.

Aquella hablaba siempre en nombre de su dignidad real.

Este habla en nombre de un Dios de amor y de paz.

Por eso es más notable el rasgo de Manterola.

Es de suponer que conoces el rasgo: este rasgo define un carácter. Mira cuán fácilmente hemos conocido el carácter de Manterola.

Tratábase de indultar á un condenado á muerte; tratábase de seguir el caritativo consejo del que decía: «Yo no quiero la muerte del pecador, si no que se arrepienta y viva.»

La Cámara votó por unanimidad el indulto.

Manterola abandonó el salón por no votarle.

«*Ecce homo*»

Ahí lo tienes, caro lector, mira un sacerdote.

La historia escribirá ese rasgo con letras de oro.

Grábala en tu mente con caracteres de sangre.

Si ese sacerdote, si ese *ministro de Dios* ¡famoso ministro! hubiese contribuido á perdonar á un desgraciado, tal vez no habria podido dormir tranquilo.

Respetemos los fueros de la conciencia. Tal vez seamos nosotros los equivocados.

Existen aberraciones que apenas se comprenden. Neron encontraba deliciosa la vista del incendio de Roma, y como los caracteres elevados tienen misteriosas afinidades, acaso Manterola halla cierta fruición en ver como fusilan á un hombre ó en figurárselo cuando menos.

Porque no quiero suponer que Manterola hubiera hecho un viaje á Granada para no perder el tentador espectáculo, puesto que todo podria suceder.

Llegará la discusión del proyecto constitucional, ¿qué digo llegará? ya ha llegado: y serán de oír muy pronto las plañideras declamaciones del caritativo sacerdote.

«La unidad católica, el sentimiento religioso, la caridad cristiana, la comunión de los fieles» ¡cuántas frases de estas nos dirá su pico de oro!

¡Famoso católico es este que se goza en la muerte de su prójimo!

Y con ser tan notable el rasgo de Manterola, aun existe en la historia de estos últimos tiempos otro más notable.

¿Lo recuerdas, verdad?

De seguro que los nombres de Monti y Tognetti han llegado simultáneamente á tu memoria.

El que firmó su sentencia de muerte se llama Pio IX.

Los católicos le nombran *Padre Santo*.

Buen padre.

Excelente santo.

Tienes, pues, amigo lector, que examinándole con algun detenimiento, acaso encontrarás que el rasgo de Manterola es un paso que le aproxima á la *santidad*.

Y algo debe de haber aquí cuando *La Regeneración*, que en eso de santidad católica suele estar muy al cabo, aplaude la conducta del sacerdote constituyente.

Resulta, que lo que nos parecia un rasgo individual, es, si bien se mira, un rasgo de clase.

Con esto disminuye la importancia de Manterola, eso sí; pero en cambio aumenta el merecimiento del bando neo-católico.

Habla á esos hombres del matrimonio civil y se escandalizarán.

Háblales de libertad de cultos y verás como se erizan sus cabellos.

Díles que has comido de carne en cuaresma ó que trabajas en domingo y derramarán lágrimas de dolor.

Pero confiesa que tienes afición al oficio de verdugo y te estrecharán en sus brazos.

Confiesa que hay rasgos que definen á un individuo: confiesa que hay pinceladas que determinan esa clase, y dí si no está definido Manterola, y si no está determinada la clase de políticos á que pertenece.

Despues de esto, y para terminar, quiero recordarte que de la catedral de Toledo han desaparecido alhajas por valor de catorce millones.

¡Otro rasgo!

Solo que este no vale lo que cuesta.

Paciencia, amigo lector, paciencia, y paga como es tu deber al clero y al culto católicos.

A. SANCHEZ PEREZ.

## SUPONGAMOS.

—Papá, ya sabes que sembré patatas en el jardín.

—Sí, ya lo sé.

—Pero, ¿á qué no sabes lo que ha salido?

—¿Qué ha de salir? patatas.

—Pues no, han salido unos cerdos que se las han comido.

Lo mismo, sobre poco más ó ménos, le ha sucedido á la union liberal.

Sembró orleanes y le han salido portugueses.

Terrible ha debido ser para Topete y para Serrano el resultado de las reuniones de estos días.

Los diputados, en su mayor parte, no quieren votar á Montpensier.

Resulta, por consiguiente, que el gobierno se ve en el caso de presentar como candidato al trono, al rey viudo de Portugal.

Bueno. Esto es lo que ocurre.

Ahora falta saber lo que ocurrirá.

Este velo del porvenir, de que tanto nos hablan novelistas y poetas, está corrido, extraordinariamente corrido.

¿Quién será osado á descorrerlo?

Nadie. El porvenir es como las dinastías. No se sabe lo que pueden dar de sí hasta que están encima de los pueblos.

Pero el derecho de suponer no nos lo puede quitar nadie.

Es un derecho que no está consignado en la Constitución, y me alegro de veras, porque si se llegan á acordar de él, nos le cercenan.

Supongamos...

Supongamos que una comisión de las Cortes Constituyentes, se pone en camino, llega á Lisboa, pasa de largo la casa del duque de Montpensier. (¿Y eso?) Y llega á la del rey viudo.

—Señor, dice un diputado, la nación española os ofrece el trono de San Fernando.

## LA PRIMAVERA DE 1869.



En el Retiro.

—Pero, hombre, otros años por ahora han echado ya flores las lilas.  
—¡Pues mira lo que han echado este año!

—Lo agradezco mucho, dice el portugués, pero no me conviene.

Los portugueses le dan una serenata al viudo portugués, y los diputados de la comisión se vuelven a España.

¿Qué se hace en tal caso?

Supongamos que las Cortes miran a todos lados, a ver si hay algún rey en puerta.

No hay ninguno.

El único que hay es el duque de Montpensier.

Supongamos que las Cortes le ofrecen la corona de España.

Nuevo viaje a Lisboa. Esta vez los diputados no se paan de largo...

Entran a ver al duque.

—Señor, dice un diputado, la nación española os ofrece el trono de San Fernando.

—Caballeros, dice el duque, yo no soy plato de segunda mesa. Podéis buscar otro, porque yo no tomo lo que otros dejan.

Y los diputados se vuelven otra vez a España.

¿Y ahora? dicen los diputados mirándose unos a otros.

¿Y ahora? dice Prim.

¿Y ahora? dice Topete.

Supongamos que se piensa en un rey español.

¿Quién es esa persona que ha de fundar una dinastía?

Habéis hecho una monarquía hereditaria, y Espartero no tiene hijos.

¿Hay algún otro hombre aquí que tenga las simpatías del país en tal grado?

Me parece que no.

El pueblo mirará estas idas y venidas con indiferencia.

Los carlistas se lanzarán decididamente al campo. Los isabelinos... ¡figúrese Vd.!

Se hablará del príncipe Alfonso. Se volverá a nombrar al duque de Aosta.

El emperador de los franceses protegerá a cualquiera de los individuos de la familia de Borbon. Este es su negocio.

Supongamos que se enciende la guerra civil.

¿Quién vencerá a quién?

¿Cree Vd. que España será dominada por los carlistas?

¿Cree Vd. que consentirán los españoles la vuelta de los Borbones despedidos?

¿A que no?

Entonces...

La dictadura...

¡Bah! ¿Y quién es el dictador? ¿Pues qué, no hay más que ser dictador?

Supongamos...

No; no supongamos más. Acabemos con una observación que a cualquiera puede parecerle justa y lógica como ninguna.

Si no hay rey posible; si los que solicitan no son solicitados, y los solicitados no están en casa; si no hay hombre *ad hoc* para sentar plaza de monarca, y si la dictadura no es posible, ¿a qué es cansarse en suposiciones?

¿No es indudable que la República está próxima, tan próxima que todos le estamos dando la mano?

Orden, paz y juicio, y dejar a las cosas que sigan su curso.

La República está a dos pasos de nosotros.

No la quieren llamar los que están al frente del Estado, y ella... ¿qué ha de hacer? sabe que los demás la deseamos y vendrá sola.

Empezaremos, pues, por donde debimos haber empezado en octubre,—por el *Directorio*.

## OBRAS SON AMORES.

(Una visita al Circo.)

«El arte muere; languidece la poesía; se corrompe el gusto; solo hay público para el *can-can*;» ahí tienen Vds. lo que por todas partes y en todos los tonos se dice y se repite con insistencia por los amantes de nuestras glorias literarias.

Algo habrá de exacto en tales afirmaciones, no lo

niego; pero antójase que no es del público toda la culpa.

Sepamos sino cómo se resuelve una duda nacida en mi espíritu a consecuencia de ciertos hechos que nadie me ha contado por la sencilla razón de que habiéndolos visto yo no ha sido necesario que me los contaran.

El domingo tuve la feliz ocurrencia—cosa rara en mí, que suelo tener pocas ocurrencias felices—de asistir al teatro del Circo.

La concurrencia era numerosa; no diré yo que estuviera allí la sociedad más escogida, no, porque soy poco dado a las exageraciones del entusiasmo; pero sí afirmaré, sin temor de ser desmentido, que en los palcos había niñas hermosas y elegantes y que las butacas estaban también ocupadas.

Con todo eso, parece imposible, allí no había *can-can* ni cosa semejante; allí no se trataba de espectáculos grotescos; nadie ignoraba que iba a representarse por tercera vez *Il figlio delle selve* por la compañía italiana que dirige Salvini.

Y permítanme Vds. aquí una pequeña digresión. Salvini es un actor en que la naturaleza y el arte se completan mutuamente.

Noble figura; facultades físicas extraordinarias; inteligencia notable, sentimiento de lo bello, dominio de sí mismo, condiciones son todas que hacen de Salvini un artista de primer orden.

No estableceré comparaciones peligrosas siempre y más peligrosas en este caso; pero tan acostumbrados estamos a ver cosas diferentes, que no puede menos de llamarnos la atención una circunstancia.

Salvini desaparece en la escena: en *Zaira* es un hombre; en *El hijo de las selvas* es otro que en nada se parece al primero.

Naturalidad en la acción, empleo prudente y oportuno de sus facultades, estudio profundo del carácter que ha de representar, producen en él un admirable cambio de una noche a otra, y es difícil comprender que el tipo cómico de Goldoni, haya de inspirarnos temor y cariño representando el rudo y generoso jefe de los tetosagos.

*El hijo de las selvas*, ejecutado por Salvini, es en mi concepto la última realización del arte.

Los gritos inarticulados, la cándida sonrisa de la más sencilla ignorancia unida a la mirada feroz del guerrero salvaje, los movimientos tímidos de aquellas terribles manos hechas a blandir la pesada lanza y la espada terrible, aquellas lágrimas, todo, en fin, es admirable en este admirable carácter.

Dueño de sí mismo Salvini, en la escena siempre, ora hablando, ora sin hablar, no hay circunstancia que no aproveche, no hay pormenor que no tome en cuenta; por esto el público siente lo que él siente, derrama lágrimas cuando él llora, goza con sus alegrías, se identifica con él y prorrumpe frecuentemente en aplausos tan espontáneos como justos.

Digna compañera, discípula acaso de Salvini, la señora Marini comparte con su maestro tan legítimos triunfos.

Su voz de gratísimo timbre, sus movimientos dignos y naturales, sus actitudes verdaderamente dramáticas la han conquistado en pocos días el cariño del público, que la escucha con gusto y la aplaude con entusiasmo.

Ni debo, ni podría ahora, analizar las obras que han representado; conocidas casi todas del público, ese examen sería inútil.

Yo confieso sinceramente que ambos artistas realizan en el teatro lo que el más exigente pudiera apetecer.

Terminada con esto mi digresión, demasiado larga tal vez, permítanme Vds. que exponga la duda a que me referí en un principio.

¿Cómo el público, cuyo gusto se supone tan corrompido, acude a ver a Salvini?

¿Cómo los mismos espectadores que reían a mandíbula batiente en *La gran duquesa*, lloran y aplauden presenciando obras como *El hijo de las selvas*?

¿Por qué el teatro Español estaba desierto en la tercera representación de *La Can-canomanía*, y en el Circo se ocupan todas las localidades?

Esta es la duda: vean Vds. si aciertan a resolverla; procuren, sin embargo, averiguar antes si tenemos muchos actores como Salvini, muchas damas (no viejas) como la señora Marini, y que digan nuestros poetas si en estos últimos años se ha hecho alguna obra que se parezca al bellissimo drama de Halm.

## CABOS SUELTOS

*La Época*, no atreviéndose a elogiar a Catalina en *El desden con el desden*, dice sin embargo:

«El papel de Carlos es muy a propósito para Manuel Catalina.»

Tiene razón *La Época*: el papel de Carlos es a propósito para Catalina, solo que Catalina no es nada a propósito para el papel de Carlos.

Hemos sabido que la señora doña Pilar Arias y Anteta, directora del colegio donde se educan las hijas de nuestro querido y desgraciado amigo Javier Ramirez, se ha ofrecido a no recibir retribución alguna, educándolas gratis en lo sucesivo.

Reciba nuestro parabien la señora Arias, y viva en la persuasión de que su noble comportamiento no se borrará nunca del corazón de los hombres honrados.

En el Circo de Rivas empezarán las funciones que la *Sociedad de conciertos* da todas las primaveras. En vez de Barbieri dirigirá este año Monasterio.

Se abre abono para cuatro conciertos que tendrán lugar los domingos 11, 18, 25 de abril y 2 de mayo próximos, a las dos de la tarde.

Como sabemos la decidida afición del público a la buena música, y la perfección con que la ejecutan nuestros profesores, escusamos recomendar estos conciertos.

Es seguro que no faltará la gente de gusto.

Por fin, aunque tarde, ha encontrado la Zarzuela la obra de la temporada.

*Barba azul* es una bufonada que agrada a los señores, y a fé que con sobrado motivo.

La música es graciosa, la ejecución buena y el decorado excelente.

¡Viva *Barba azul*!

Voy a permitirme un aparte.

Durante algun tiempo los actores y autores del teatro Español y de la Zarzuela, han estado anatematizando a Arderius, al género bufo, al público que se divertía y a los periódicos que no ardían en santa ira contra él.

Hoy... ¡cómo cambian las cosas!

Mi amigo Sanz hace un excelente bufo.

Mi amigo Hurtado traduce bien las bufonadas.

Lo he dicho: no pierdo la esperanza de ver a doña Matilde bailando el *can-can*.

El lunes último nos sorprendió una fiesta inesperada.

¡Dichoso catolicismo, y qué bien sientas a los empleados!

Todas las oficinas estuvieron cerradas.

Todos los españoles hechos unos vagos despues de haber descansado el domingo.

¡Dichoso catolicismo!

La vida activa, los negocios, todo paralizado porque nos acordamos de repente de que el lunes debía ser día de fiesta por carambola.

Corre prisa constituir el país; el lunes debían empezar las discusiones sobre la Constitución. ¡Qué importa! Un día *perdido* para agradecer a Dios, como si a Dios agradasen los *perdidos*.

¡Un día más de fiesta! Un día de menos al trabajo, a la vida. ¿Y por qué? Porque el mundo oficial es hipócrita, porque no cree en la eficacia de esas fiestas.

Egoísta, porque esos días no trabaja.

¡Dichoso catolicismo!

*El Boletín oficial del Ayuntamiento de Madrid*, contestando a la pregunta de un periódico, declara ser cierto el haberse descubierto la vía subterránea que conducía desde la casa de Canónigos al convento de monjas Teresas.

¡Cuando pienso en esas idas y venidas!

¡Cuando pienso en los *can-can*s bailados en la sombra, mientras el pueblo acudia a confesarse y a echar limosna para sacar ánimas!

Recomendamos a nuestros amigos los electores de la circunscripción de Castuera, la candidatura republicana de nuestros queridos amigos Fernando Pierrad, José María Martínez, Juan Pico Dominguez y Juan Martínez Villergas.

En el manifiesto de estos patriotas a los electores están consignadas las nobles aspiraciones del partido radical.

Esta candidatura luchará en contra de la oficial, en la cual se presenta el Sr. D. Roman Pinillos.

Aconsejamos a nuestros correligionarios la mayor union en las elecciones.

Se ha descubierto que los arzobispos que son diputados llevan al Congreso la merienda debajo de las sayas.

El otro día pidió la palabra un arzobispo, y al decir pido la palabra, se le escapó de la boca un hueso de aceituna que le dió en la mollera a Romero Ortiz.

El ministro creyó que esto era un aviso del cielo, y desde aquel día está poco dispuesto en favor del matrimonio civil.

En Toledo han robado de la Catedral una porción de alhajas.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? ¡Ellos! ¡Los ladrones!

El folleto del Sr. Aparici tiene la gracia de Dios. Todo se le vuelve hablarnos de su persona y de que tiene la seguridad de ser profeta.

Cuando anuncien el *Profeta* en el teatro de la Opera me parece que voy a ver en el cartel

EL Sr. APARICI,

ópera en cuatro actos.

Y la obra de Meyerbeer se habrá convertido en ópera bufa.

¡Qué folleto, y qué neo! ¡Le digo a Vd. que tiene la gracia de Dios!

Lamentos de un moderado.

¿En cuyas manos páras, bien querido, a dónde fuiste huyendo de mis brazos?  
los dos años que en ellos te he tenido,  
¿no fueron para tí bien fuertes lazos?  
Tú, mi destino, cuando Dios quería,  
y quería también Gonzalez Brabo,  
¿por qué te vas, cuando la bolsa mía  
va encontrarse en Madrid sin un ochavo?  
Contra tu crueldad en vano arguyo...  
mas no perdí del todo la esperanza.  
*Tuyo soy, tuyo fui, y en pos del tuyo  
mi enamorado espíritu se lanza.*

El ejército carlista se echará al campo dentro de unos días.

¡Es claro! ya empieza a apuntar el verde en el campo, ¿y qué han de hacer los pobrecitos carlistas?

¡Luego dirán que uno es exagerado y que habla con pasión!

Verá Vd. lo que pasó el otro día en el Congreso. Se trataba de indultar a un sentenciado a muerte, La Cámara, por unanimidad, acordó el indulto.

Hubo, sin embargo, dos ó tres diputados que se abstuvieron de votar.

¿Saben Vds. quién fué uno de los que se marcharon del salón por no dar su voto de perdon al reo?

UN CURA.

Despues de sabido esto, se pueden quejar los curas de que estemos siempre escamados de ellos.

Despues de sabido esto, dígame Vd. si no he de enfadarme al saber que los curas han de vivir por cuenta del Estado.

Páguelos Vd. un sueldo, que ellos en cambio le negarán un voto en materias de caridad.

Una observacion.

Los curas siempre están dispuestos para ayudar a morir.

Pero lo que es para ayudar a vivir, ya se ha visto que no.

¡Viva la religion!

¡¡Muera el hombre!!

A propósito de curas.

¿No le parece al lector que es horrible, verdaderamente horrible, inhumano y hasta feroz, que se haya echado tierra al asunto del malogrado gobernador de Búrgos?

Y la verdad es que de cierto y positivo no sabemos nada.

Sabemos solamente que el gobernador fué alevoamente asesinado en la catedral.

De los curas procesados nada hemos vuelto a saber.

Daria cualquier cosa porque esos curas fueran republicanos.

Porque a estas fechas ya se hubiera hecho con ellos un castigo ejemplar.

¡Ah! señor de Poder ejecutivo, mucho palo en Cádiz y mucha consideracion en Búrgos! Esto no vá bien así, yo lo aseguro formalmente.

Poca gracia le ha hecho a la prensa el proyecto de Constitución.

Como la prensa es la representante de las ideas del país, vamos a traducir en breves frases todo lo que hemos visto en la prensa con motivo de la aparición del proyecto.

*La Iberia*.—¡Ah!

*El Universal*.—¿Eh?

*La Discusion*.—¡Uf!

*La Reforma*.—¡Ay, ay, ay!

*El Diario Español*.—¡Jí, jí, jí!

Total. Pesar progresista, dolor democrático y alegría vicalvarista. Es todo lo grave que puede decirse de un proyecto.

Al saber que la futura corona de España será hereditaria, todos los candidatos solteros han encargado mujeres a Galicia, y todos los casados les han dicho a sus esposas:

—¡Supongo que nos portaremos dignamente!

Un príncipe alemán le ha escrito con tal motivo al presidente del Poder.

«Caballero:

»Mi esposa me los regala de dos en dos, y generalmente varones. Escuso decir si tengo méritos contraidos.»

## PASATIEMPO.

Solucion a la Charada del número anterior: *Criolla*.

CHARADA.

Es mi *prima* vocal, señor Rivera,  
y si puedes, *segunda* con *tercera*  
en estanco no compres; ten juicio,  
no vayas de la muerte al precipicio.

¡Tal contemplo al gobierno  
metido en un infierno,

pues mi *todo* le tiene en más apuros  
que a mí si me pidiesen cuatro puros!

(La solucion en el próximo número).

RECOMENDAMOS AL PÚBLICO

LA

ACREDITADA DENTISTA D.<sup>A</sup> POLONIA SANZ,

la cual se ha trasladado desde la calle Mayor a la del Arenal, 8, pral.—2

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.